El Perú era un caos. El odiado Monteagudo, ministro de San Martín, había sido encarcelado y arrojado del país, mientras San Martín conferenciaba con Bolívar en Guayaquil. Al retirarse definitivamente el *Protector*, el aspecto de la situación fué más lúgubre que nunca. El general independiente *D. Rudesindo Alvarado* sufría una derrota en el sur. En Lima cayó la Junta presidida por el general La Mar. El Congreso creyó encontrar un remedio concentrando el poder y creó la presidencia, confiada a *D. José de la Riva Agüero*, hombre civil, enérgico y organizador, quien dispuso una expedición al sur del país, mandada por el general D. Andrés Santa Cruz. Las tropas virreinales se precipitaron hacia Lima, la ocuparon y volvieron a retirarse para no inmovilizar un importante efectivo. El gobierno independiente se dividió en facciones que se hostilizaban. La república tenía dos gobiernos rivales: el de la capital con Torre-Tagle, y el de Trujillo, con Riva Agüero. En el sur fracasaba Santa Cruz, y con su derrota arrastró al jefe venezolano Don Antonio José de Sucre, el vencedor de Pichincha, que había ido para prestarle auxilio. A la vez, fué inútil la presencia de una división chilena enviada bajo las órdenes de *D. Francisco Antonio Pinto*. El Congreso declaraba en Lima que Riva Agüero, culpable de alta traición, estaba fuera de la ley, por abrir pláticas con el enemigo.

Bolívar llegó a la capital del Perú, el 1º de septiembre de 1823, casi un año después de la renuncia de San Martín. Todo estaba por empezar. Torre-Tagle era presidente en la capital, como ya se dijo, y Riva Agüero en Trujillo. El ejército virreinal se presentaba en actitud amenazadora.

Bolívar procuraba ganar tiempo y aprovecharlo para organizar su campaña. El coronel D. Antonio Gutiérrez y de la Fuente desposeyó a Riva Agüero y lo embarcó para Guayaquil. Esto dió a Bolívar medios de normalizar la situación política. Bajo sus aspiraciones, el presidente Torre-Tagle abrió negociaciones con el enemigo, para entretenerlo.

Pero la parálisis en que la falta de toda clase de elementos colocaba a Bolívar se agravó cuando, en febrero de 1824, un motín de las tropas bonaerenses, que guarnecían la fortaleza del Callao, puso ésta a merced de las columnas virreinales que avanzaron hacia la costa.

El presidente, Torre-Tagle, destituído y, como era de rigor, acusado de traición, había buscado asilo entre los sediciosos del Callao. Allí lo encontró el jefe español *D. Ramón Rodil* cuando tomó posesión de la fortaleza.

Bolívar, que se hallaba retirado y enfermo en Pativilca, dedicó el primer semestre a preparar las operaciones que meditaba contra las fuerzas virreinales. Tuvo un inesperado auxiliar en los acontecimientos de Europa. España fué invadida por un ejército francés para restaurar

el poder absoluto de Fernando VII. El centro virreinal, situado en el Cuzco, era constitucional y desconocía la intervención francesa. Se habló más o menos vagamente de planes de una independencia, con La Serna como soberano. El mariscal de campo *D. Pedro Antonio Olañeta*, criollo altoperuano, discrepaba de la opinión de sus compañeros de armas, e inició en Chuquisaca un movimiento. La Serna envió al activo general *D. Jerónimo Valdés* para que redujese aquella sedición, de la que se aprovechaban los simpatizadores de la independencia.

Cuando Bolívar abrió finalmente su campaña, se trabó la lucha con una columna de Canterac, puesta en el trance de atacar para no verse cortada de su base de operaciones. El jefe realista llevó la mejor parte en el encuentro, y creyéndose vencedor, cometió el error de diseminar sus fuerzas en la pampa de *Junín*. Fué el momento de los independientes. Canterac sufrió una derrota, el 6 de agosto, que sólo se podría reparar con una victoria aplastante.

El virrey dirigió en persona la contraofensiva, para la que movió 10.000 hombres de sus excelentes fuerzas veteranas. Sucre contaba sólo con 6.000. El virrey pretendía cortar la retirada a Sucre. Los dos generales jugaban al ajedrez, teniendo por tablero las cumbres y los abismos. El choque se hizo inevitable, el día 9 de diciembre, en el lomerío que limita la llanura de *Ayacucho*. Sucre había perdido toda su artillería. No tenía otro recurso que precipitarse a hacer costosa para el enemigo su heroica inmolación. Córdoba, en un grito inspirado, hizo de la carga suicida una victoria, ordenando el avance "a paso de vencedores". Los muertos, heridos y prisioneros del ejército virreinal excedían en número a los efectivos de Sucre. La Serna capituló con 14 generales.

Sucre siguió su marcha hacia el Alto Perú. El día 29 de marzo entraba en Potosí. Olañeta fué muerto en *Tusla* por sus mismos secuaces.

Ya sólo quedaba la inútil resistencia de Rodil en la fortaleza del Callao, entregada el 22 de enero de 1826, caso semejante de supervivencia de una causa, a la de San Juan de Ulúa, que mantuvo izado el pabellón de España hasta el 18 de noviembre de 1825

BOLIVIA

Sucre tuvo que hacer frente en el Alto Perú a una situación que no había previsto Bolívar, quien pensaba que esas cuatro provincias, alternativamente de dos virreinatos, pasasen por negociaciones, que él naturalmente dirigiría, a la dependencia del Río de la Plata, para que el Perú no fuese demasiado poderoso frente a la Gran Colombia. Pero Sucre, dominado por los acontecimientos, convocó un Congreso, y éste, antes de disolverse, como lo quiso Bolívar, declaró la independencia del Alto Perú, bajo el nombre del gran caudillo.

Así nació Bolivia.

La Banda Oriental, o República del Uruguay, como después fué llamada, recibió su independencia en condiciones muy diversas. La anarquía, que no cesaba en los países del Río de la Plata provocó las codicias de la corte portuguesa, y el regente D. Juan envió un ejército mandado por el general *Carlos Federico Lecor.*

Artigas fué derrotado por los invasores en la *India Muerta,* el 19 de noviembre de 1816, y después en el *Estero Catalán,* el 4 de enero de 1817. Antes de que terminara ese mes, Lecor entraba en Montevideo como un triunfador, con pretensiones de libertador.

La resistencia de Artigas continuó, sin embargo, hasta el 22 de enero de 1820, día en que el caudillo fué vencido en *Tacuarembó.* Se retiró del campo de la lucha para pedir un asilo, que le concedió el gobierno del Paraguay.

Fructuoso Rivera, *Don Frutos,* otro gran caudillo uruguayo, aceptó el cargo de auxiliar de los portugueses con las fuerzas de su mando.

En 1821 el Uruguay se constituyó legalmente, por medio de sus representantes, como *Provincia Cisplatina,* del Brasil, bajo la bandera portuguesa. Y después pasó a ser parte del Imperio.

Pero en 1825, un grupo de 33 orientales empezó la lucha contra el Brasil. Ese movimiento fué capitaneado por *D. Juan Antonio Lavalleja.* Los *Treinta y Tres* salieron furtivamente de Buenos Aires, pasaron a la Banda Oriental y levantaron en armas el país de su nacimiento. *Don Frutos* se les incorporó.

Los insurrectos establecieron un gobierno provisional en la Florida, y el 12 de octubre, con la victoria de *Sarandí,* aseguraron la dominación completa sobre todo el territorio.

El gobierno de Buenos Aires no podía dejar que los acontecimientos se desarrollasen sin su intervención. Había favorecido a los *Treinta y Tres.* Los luchadores reconocían como autoridad suprema la de la nación, representada por el gobierno de Buenos Aires. Era preciso que se produjese un choque entre el Río de la Plata y el Brasil.

Rivadavia, jefe de la República Argentina, envió una expedición mandada por los vencedores de 1814, es decir, por el almirante Brown y el general D. Carlos María Alvear. La escuadra brasileña fué desbaratada en las aguas del Uruguay. El ejército imperial, mandado por el marqués de Barbacena, quedó vencido en *Ituzaingó* el 20 de febrero de 1827.

Hubo tratados de paz en los que el representante de Buenos Aires, D. Manuel J. García, intimidado por el emperador, accedió a la soberanía del Brasil sobre la Banda Oriental; pero la opinión pública protestó en Buenos Aires contra las cláusulas desfavorables del convenio ajustado, y el gobierno las desconoció.

La guerra volvió a ser el único medio de resolver la cuestión, y hubiera seguido sin la mediación de la Gran Bretaña, que dió al Uruguay un estatuto especial de nación, cuya independencia era garantizada por un pacto internacional. La *Declaración de Río Janeiro* fué suscrita el 27 de agosto de 1828.

LA REPUBLICA NEGRA Y SU VECINA

Las Antillas siguieron suerte distinta de la que cupo a los países continentales.

Ya hemos visto cómo por el *Tratado de Ryswick,* que se ajustó en 1697, España reconoció a Francia su dominación sobre una tercia parte de la isla, o sea sobre las dos penínsulas occidentales de Santo Domingo, llamada también Española y Haití, con el límite de una línea tirada desde el cabo Rose a la Punta de la Beata.

La población francesa del territorio cedido era escasa, pero, en cambio, muy numerosa la de los negros importados como mano de obra. Esto fué causa de los acontecimientos que dieron singularidad a la historia de los dos países insulares.

En 1795 —lo hemos visto también—, la Corona de España cedió las dos tercias partes de la isla que había conservado hasta entonces, sin preocuparse por los sentimientos de los habitantes, ni por la situación que les creaba con este acto de insensatez política.

El godoyismo de los Borbones olvidaba un antecedente digno de tomarse en cuenta.

Carlos I había dicho, con fecha 14 de septiembre de 1519:

> Considerando la fidelidad de nuestros vasallos, las fatigas experimentadas y los peligros corridos por los que han descubierto ese país y se han establecido en él;

Queriendo que posean con más certidumbre y confianza el derecho de quedar siempre unidos a nuestro reino:

Empeñamos nuestra Real palabra, por nosotros mismos y los reyes nuestros sucesores, de que sus ciudades y establecimientos jamás serán enajenados ni separados, en todo ni en parte, bajo pretexto alguno, y en favor de quienquiera que sea.

Y en el caso de que nosotros y nuestros sucesores hiciésemos algunos dones o enajenaciones en estos lugares, esas disposiciones serán consideradas como nulas y no celebradas.

La falta de previsión del favorito Godoy, que disponía de los destinos de España, era tanto más censurable cuanto que la Revolución Francesa había llevado peligrosas agitaciones a la isla Española.

Cuando en 1789 se hizo la *Declaración de los Derechos del Hombre,* entre los que figuraba la condenación de la esclavitud, los propietarios se apercibieron a defenderse así de los negros esclavos como de los revolucionarios de la metrópoli. El peligro de la situación puede medirse por el número de los dos elementos que iban a entablar la lucha. Había de treinta a cuarenta mil blancos, por un lado, y medio millón de negros, seiscientos mil acaso, por el otro. Entre una y otra casta estaba la de los *emancipados,* igual en número a los blancos.

La lucha por la supremacía tuvo que plantearse, y se planteó por los *emancipados,* que contando en su categoría muchos negros, antiguos esclavos, o hijos de esclavos, estaba también integrada por mulatos, descendientes de propietarios blancos, o enriquecidos gracias a su esfuerzo personal.

Económicamente, los blancos tenían tanta fuerza como los emancipados, o acaso menos.

Para complicar la situación, debe tenerse en cuenta el excesivo rigor de los preceptos del *Código Negro,* que hacía muy dura la condición del esclavo.

Los emancipados pedían derechos políticos iguales a los de los blancos y contaban con fuerza suficiente para imponerse. Además, era natural que entre ellos hubiese sostenedores de la emancipación del esclavo.

Los propietarios blancos se organizaron, creando asambleas políticas. El gobierno de Francia ordenó que se reprimiera este movimiento. A la vez, el mulato *Ogé* levantó la bandera de los emancipados y, vencido, sufrió la última pena.

La Asamblea Nacional de Francia tomó el partido de los hombres de color, concediéndoles derechos políticos. La resistencia de los blancos exaltó a los negros, y en agosto de 1791 empezaron las matanzas. Hubo negociaciones y se calmaron los ánimos. Pero como la Asamblea Nacional de Francia, atemorizada, dió ciertas facultades a la de la colonia, la gen-

te de color, creyéndose víctima de una maniobra pérfida, tomó nuevamente las armas. Los horrores de la guerra de razas se hicieron más generales y repulsivos.

Estos hechos coincidían con los desbordamientos de la pasión en Francia, y las medidas tomadas por la Asamblea Nacional tuvieron carácter desfavorable para los blancos. Tres emisarios de la Asamblea Nacional llegaron a la isla en septiembre de 1792. Eran los días de los asesinatos de París. En Francia se hacían las elecciones de miembros de la futura Convención, se instalaba esta Asamblea y se abolía la realeza. A mediados de abril de 1793 empezó nuevamente en Haití la lucha entre los blancos y los negros, dirigidos éstos por los emisarios franceses. Los blancos emigrados buscaron el apoyo inglés, y hubo una invasión, mandada por *Whitelocke,* el futuro jefe de la expedición al Río de la Plata en 1807.

Los ingleses fracasaron, pues la resistencia tomó cuerpo bajo la dirección acertada de *Toussaint-Louverture,* el primero de los grandes caudillos de color que debían dominar en la parte negra de la isla, y aun en toda ella. Toussaint-Louverture, obtuvo el grado de general y la comandancia general, que le confió el gobierno francés. Pero sus victorias fueron las de un jefe de Estado. El genio militar y político de este antiguo esclavo dió patria a los negros haitianos, comunicándoles el sentimiento del propio valer, frente a la incapacidad que mostraron los franceses para rechazar la agresión británica y la reivindicación dominicana. El general inglés *Maitland,* reconociendo la independencia de Haití, firmó un convenio, el 9 de mayo de 1798, y abandonó la isla. Toussaint-Louverture pasó entonces a ocupar el territorio de la parte española, cedida a Francia en 1795, y a fines de 1801 estaba casi enteramente consumado, de un modo pacífico, el cambio de la soberanía española por la francesa, pues el caudillo haitiano parecía contentarse con una autonomía de suficiente amplitud para sus ambiciones. La Constitución que él había preparado y sometido a una asamblea, de la que naturalmente era árbitro, establecía un puesto de gobernador vitalicio, entre cuyas facultades se hallaba la de nombrar sucesor.

Bonaparte, primer cónsul, envió un ejército de 25,000 hombres con una fuerza naval de veintiséis buques de guerra, para tomar posesión de la isla y formar una base de expansión en la Luisiana, cuya retrocesión como vimos, acababa de obtenerse.

Los efectivos de la metrópoli, mandados por el general *Leclerc,* cuñado de Bonaparte, llegaron a Cabo Francés, el 2 de febrero de 1802.

Toussaint-Louventure se declaró en rebeldía, pero fué sometido. Perdonado primero, y preso después, se le remitió a Francia, en donde murió repentinamente durante la noche del 26 al 27 de abril de 1803.

En la isla quedaban otros caudillos negros, que mantuvieron la insu-

rrección, abierta desde que se apresó a Toussaint-Louverture. Los negros contaban con un aliado implacable: la fiebre amarilla. Los expedicionarios, cuyo total llegó a ser de 35,000 hombres, iban desapareciendo en los hospitales y en los caminos desde junio de 1802. Leclerc murió en noviembre, y fué sustituído por *Rochambeau,* hijo del general de las fuerzas francesas que habían sido auxiliares del general Washington.

Los insurrectos pudieron contar con otro aliado. Inglaterra dió el golpe decisivo, y Rochambeau, impotente ante las fuerzas combinadas de la escuadra británica, de los negros y del clima, capituló, como lo había hecho Maitland en 1798.

La independencia de Haití fué solemnemente declarada el día 1º de enero de 1804. Era jefe de la República el negro *Juan Jacobo Dessalines,* vencedor de los franceses. Después de asumir el poder como gobernador vitalicio, se coronó como emperador el 8 de octubre de 1804. El imperio francés había sido proclamado el 18 de mayo anterior, pero Bonaparte no recibió la consagración en Nuestra Señora sino el 2 de diciembre. La caricatura colonial y negra se anticipó algunos meses al original europeo.

Los apologistas de Haití dicen que la coronación del general Dessalines se explica por la historia colonial. Los agentes de Francia habían llevado el nombre de gobernadores generales. Seguir empleando ese nombre hubiera sido indicar que la dependencia continuaba. Y entonces recurrieron a una designación que se adaptase a la condición de un Estado soberano. Como Bonaparte acababa de proclamarse emperador, Dessalines decidió tomar el mismo título de que se había investido el jefe del Estado francés.

Tal es la justificación de la parodia, y en su abono se alega que Dessalines no estableció títulos nobiliarios, ni diferencias de categoría, aun en favor de sus propios hijos. El Imperio de Haití fué una sociedad formada de ciudadanos iguales ante la ley.

La mascarada se hizo trágica, sin perder su carácter grotesco. En 1806, el nuevo césar murió asesinado. Surgieron dos bandos: el de *Enrique Cristóbal* (Henri Christophe)) y el de *Alejandro Pétion* (Alexandre Sabes Pétion). El resultado de estas luchas fué que se coronara *Enrique I,* como rey, en el norte, y que Pétion dominara como presidente en el sur. Este prolongó su poder hasta que murió, en 1818; el rey se suicidó en 1821.

La parte española de la isla, con 70,000 habitantes, de los cuales cerca de 20,000 eran negros, difícilmente podía mantener su independencia de la parte francoafricana. Arrojados los franceses por Dessalines, quedaron todavía dueños de la parte española. Sin embargo, uno de sus patricios, *don Juan Sánchez Ramírez,* encabezó en 1808 el movimiento cuyo resultado fué que, con auxilio de la flota británica, la parte española de Haití se reintegrase en la Monarquía. Sánchez Ramírez se acogió a la Junta Central de Sevilla. Esta situación pudo mantenerse hasta que, en 1821, *don*

José Núñez de Cáceres encabezó un levantamiento contra el gobernador nombrado por la Corona y organizó un gobierno nacional, el 30 de noviembre.

Justamente en ese mismo año empezaba la dictadura de Juan Pedro Boyer (Jean Pierre Boyer) en la parte francesa, y en 1822 la parte española cayó bajo el poder odioso de los negros. La dominación haitiana se prolongó hasta 1844, pues habiendo sido derrocado Boyer en marzo de 1843, cerca de un año después los dominicanos organizaron una imponente resistencia bajo la dirección de *don Pedro Santana* y de *don Ramón Mella.*

Las dos porciones de la isla quedaron desunidas para siempre.